

el rey cristianísimo hizo alianza con Soliman. Fué ese uno de los grandes sucesos del siglo XVI; fué una revolución en el orden político análoga á la que Lutero realizaba en la esfera religiosa. De todas partes se desmembraba la unidad cristiana. En la Edad Media, la cristiandad era una, porque la religion, una por esencia, dominaba todas las relaciones. Una oposicion hostil apareció entre la Europa católica y el Oriente infiel, esa hostilidad sobrevivió á las guerras santas, y las invasiones de los Turcos le dieron nuevo pábulo. Francisco I se atrevió á despreciar las preocupaciones religiosas, contrayendo una alianza con los enemigos del nombre cristiano, lo cual equivalía á emancipar el Estado de la dominacion religiosa. La revolucion tenía, además, de notable el que se hacia por un príncipe católico; la Francia continuaba en el seno de la Iglesia; pero en el terreno político quería gobernarse segun sus intereses y no segun sus creencias.

Un historiador aleman dice que la alianza con Soliman hará siempre de Francisco I una de las grandes figuras de los tiempos modernos (1). Nosotros creemos que esto es dar al hombre una gloria que sólo corresponde á Dios, y despues de Él al genio de la nacion francesa. Lo que movió al rey de Francia á aliarse con el sultan no fueron sus convicciones, fué la necesidad. Verdad es que no bastaba ésta para contraer la alianza; se necesitaba hacerse superior á las preocupaciones dominantes y colocarse fuera del cristianismo tradicional; tal era precisamente la situacion de la Francia en el siglo XVI. Al unirse Francisco I con los Turcos obedecía al instinto de su nacion y á la fuerza de las cosas, lo cual quiere decir que era el instrumento de los designios de Dios. ¡Cosa singular! No fué él quien tuvo la primera idea de la alianza, que se ha convertido en su título de gloria; fué su madre, Luisa de Saboya, la que, viendo á su hijo prisionero de Carlos V y no sabiendo dónde hallar un apoyo para libertarle, desesperada se dirigió á Soliman (2). Hé aquí cómo la mano de una mujer, de una madre, es la que forma los primeros lazos entre dos mundos hasta entónces divididos por un odio mortal. Despues de esto no háy que insistir

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 37-33.

(2) ZINKEISEN, *Geschichte des ottomanischen Reiches*, t. II, páginas 639-644.

más en demostrar la accion de Dios en aquella inmensa revolucion.

La necesidad, que fué la que sugirió la idea de las primeras relaciones, contribuyó tambien á perpetuarlas. En una especie de preámbulo que precede al tratado de 1535 entre el sultan y la Francia se lee lo siguiente: "El rey Francisco I, embargado en guerras continuas con el emperador Carlos V, el cual tambien se las suscitaba con el rey de Inglaterra, viéndose solicitado indirectamente por el sultan Soliman, emperador de los Turcos, se vió obligado, para defenderse de la opresion de tales enemigos que tenían como sitiada la Francia por la parte de España, de Flándes, de Italia y de Inglaterra, á entablar alguna amistad ó inteligencia con el dicho Soliman," (1). Una vez dado el primer paso, el interes político que legitimaba la alianza resaltó con tal evidencia, que no pudo ménos de impresionar á todos los ánimos. La Europa estaba amenazada por la preponderancia de la Casa de Austria, á la cual sólo el sultan tenía en jaque. "Yo no niego, decía Francisco I al embajador de Venecia, que deseo ver poderoso al Turco; no por él, porque es un infiel, sino por debilitar el poder del emperador y por tranquilizar á todos los demas gobiernos enfrente de tan grande enemigo," (2).

Sin embargo, Francisco I no se atrevió á confesar su alianza durante mucho tiempo; continuaba protestando de sus sentimientos religiosos y queria merecer como sus predecesores el título de rey cristianísimo, diciendo que estaba pronto á pelear contra los Turcos si llegaban á amenazar la cristiandad en Italia; pero su invasion en la Hungría era una simple cuestion de ellos con el rey Fernando. En cuanto al cargo que se le hacia de excitar las empresas de Soliman contra el imperio, le rechazaba con la habitual altivez que daba á sus contestaciones negativas: "Donde quiera que un embajador pretenda sostener eso, podeis contestarle que miente; porque mis predecesores y yo hemos sostenido demasiado tiempo el nombre que llevamos con honra, para variar ahora de conducta," Francisco I dirigía esas altivas frases al obispo de Auxerre en 1531; algunos años despues, la

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. I, página 288.

(2) ALBERI, *Relazione*, serie 1.ª, t. I, p. 167.

alianza, que rechazaba como una calumnia, era pública y notoria. Las protestas y las negativas de Francisco I atestiguan cuán vivas estaban aún las preocupaciones cristianas, llegando hasta el punto de dar un aspecto poco favorable á la conducta del rey caballero, el cual acusaba á sus enemigos de que mentian en redondo, cuando era él mismo el que estaba mintiendo con tan grande impudencia.

La alianza de Francisco I y de Soliman entrañaba una revolucion, y fué necesario tiempo para que penetrase en las costumbres. Aunque los intereses políticos estuviesen aliados, los ánimos continuaban divididos y hostiles. Cuando en 1543 se reunió la escuadra turca, al mando de Barbaroja, con la de Francisco I en Tolon, el rey ordenó á los habitantes "que evacuasen la ciudad, porque no era prudente habitar y conversar con los Turcos por los inconvenientes que pudieran sobrevenir," (1). Esas preocupaciones se disiparon muy pronto en el seno de una nacion que, ya en el siglo XVI, contaba más de un incrédulo. Los mismos católicos hicieron la apología de la alianza turca: "Contra el enemigo, dice Montluc, de toda madera se pueden hacer flechas. Por lo que á mí toca, si yo pudiera llamar á todos los diablos del infierno para romper la cabeza á mi enemigo cuando me la quiere romper á mí, lo haría de muy buen grado, Dios me lo perdone," (2).

El obispo de Valencia, hermano de Montluc, se encargó de justificar la alianza de Francisco I con Soliman ante el senado de Venecia, diciendo que hacia mal Carlos V en acusar á los franceses por una alianza que él mismo pretendía; y añadió que los imperialistas forjaban un nuevo artículo de fe, que prohibía á los príncipes prestar auxilios á los que no seguían su religion: "No advierten, dijo, que censurando al rey censuran á David, rey valeroso y profeta santo, el cual, perseguido por Saul, se refugió en casa de un rey idólatra," (3). Francisco I se elevó á más altas consideraciones en la apología que dirigió al papa Paulo III, donde se advierten ya los gérmenes del cosmopolitismo que hace la gloria de la Francia: "Los Turcos no están colocados fuera de la sociedad humana, á punto de

que no hayamos de tener con los infieles más relaciones que con los brutos; tanto valdría desconocer los vínculos que establece la naturaleza entre los hombres; teniendo éstos un mismo origen, nada de cuanto les afecta es extraño al hombre. Si las naciones están divididas, no es la naturaleza la que las separa, sino los usos y costumbres; entre los miembros de un mismo pueblo existen relaciones más íntimas que entre los que pertenecen á diferentes Estados, pero esa separacion no llega á tal punto, que rompa la union que la comunidad de origen establece en los diversos miembros de la humanidad. Si los vínculos de la sangre y de la patria separasen á las sociedades particulares de la sociedad universal del género humano, en vez de ser un bien serían un mal. Los errores de los hombres y su imperfeccion impiden que se unan en una misma religion; pero la diversidad de culto, lo mismo que la de costumbres, no destruyen la asociacion natural de la humanidad," (1).

Ese cosmopolitismo filósofico, por más que tenga su origen en la creencia cristiana respecto á la unidad del género humano, no ha sido nunca del gusto de las sectas cristianas. Los protestantes eran más intratables aún que los católicos en esa parte. Acabamos de oír á un obispo hacer la apología de la alianza turca bajo el punto de vista religioso; la autoridad de David y de la Biblia, invocada por él, no hizo impresion alguna en los protestantes. El elector de Brandeburgo pidió que el papa quitase al rey de Francia el título de *rey cristianísimo*, "habiéndole perdido sobradamente por tan enormes crímenes y por su más que púnica deslealtad," (2). La dieta de Spira declaró "que Francisco I era tan enemigo de la cristiandad como los mismos Turcos, y que era preciso proceder á vías de hecho contra él, para que los demas príncipes cristianos no tomasen pretexto para obrar como él en lo venidero," (3). Carlos V explotó las pasiones religiosas de la Reforma para armar á los protestantes contra la Francia unida á los Turcos, es decir, contra los únicos apoyos que pudiera tener en frente de la poderosa Casa de Austria; pero pagaron cara su obcecacion; una sola cosa los dis-

(1) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. I, páginas 567 y 569.

(2) *Memorias de MONTLUC*, en la *Coleccion de PETITOT*, t. XX, página 417.

(3) *Memorias de MONTLUC*, en la *Coleccion de PETITOT*, t. XX, páginas 417-434.

(1) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. III, p. 185 y siguientes.

(2) Carta del elector de Brandeburgo al cardenal Farnesio, legado del papa (GRANELA, *Documentos de Estado*, t. III, p. 14).

(3) *Respuesta de los Estados del Imperio reunidos en Spira* (GRANELA, *Documentos de Estado*, t. III, 13-15).

culpa, la de que era casi general; los mismos Italianos, pueblo más político que religioso, arrojaron la piedra contra Francisco I: "La alianza turca es una vergüenza para la Francia," exclamaba un embajador de Venecia (1). "Las piedras, dice otro italiano, deberían levantarse contra el rey cristianísimo," (2).

La posteridad está dividida en la apreciación de esa famosa alianza. Dicho se está que los católicos la reprueban como un acto impío: "Francisco I, dice *Raynaldi*, olvidó su nombre de cristiano, olvidó su salvación cuando se alió con los enemigos de Cristo." Y el historiador eclesiástico encuentra una venganza divina para un crimen tan enorme; Dios castigó al rey de Francia extinguiendo su raza (3). Los escritores políticos son de opinión enteramente opuesta; si critican á Francisco I, es por no haber hecho ántes una alianza sólida con Soliman: "Sus relaciones con los Turcos, dice *Ancillon*, se entablaron demasiado tarde y nunca fueron bastante íntimas: la religión ó el temor de irritar al papa le contuvieron," (4). Los historiadores modernos hacen bien en elevarse por cima de las preocupaciones religiosas al juzgar la alianza turca, pero pierden de vista otro aspecto de la cuestión. Alguna vez llamamos Bárbaros á los Turcos, y lo eran realmente en el siglo XVI; sus guerras no se parecían en nada á las de las naciones cristianas; eran piraterías y vandalismo; los vencidos eran llevados para ser vendidos á Constantinopla, y hasta los habitantes inofensivos, sorprendidos durante la noche, eran tratados como enemigos. De forma que no es solamente la fe, es la humanidad la que se subleva cuando se ve al aliado de Francisco I arrastrando á la esclavitud á miles de mujeres y de niños al amparo de la alianza francesa. En vano se dice que la liga tendía únicamente á defender á la Francia y á la Europa contra la dominación de la Casa de Austria. Por de pronto, la alianza no era puramente defensiva; y aunque lo hubiese sido, no es cierto que sean legítimos todos los medios, ni áun tratándose de defender la existencia; el medio de encontrar en sí

(1) ALBERI, *Relazione*, t. I, p. 167.

(2) LUGO DI SORIA al cardenal de Trento (BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinand's*, t. IX, p. 270).

(3) RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1535, núm. 21; ad a. 1537, número 50.

(4) ANCIILLON, *Cuadro de las revoluciones verificadas en el sistema político de Europa*, t. I, p. 202.

mismo su legitimidad; de lo contrario, hay que aceptar la moral perversa que se echa en cara á los jesuitas, diciendo que el fin lo justifica todo.

Francisco I es tanto más culpable cuanto que su alianza con los Turcos ni siquiera era leal: quería reconquistar á Milan, y todos los medios al efecto eran para él buenos: daba una mano á los infieles, y, á la vez amigo y enemigo, ofrecía la otra á Carlos V contra ellos. Ese egoísmo desleal, en lugar de darle fuerza, produjo su debilidad. Un contemporáneo, partidario de la alianza, observa que, á pesar del socorro de los Turcos, los asuntos del rey fueron cada vez peor (1). Enrique II hizo esa misma confesión cuando escribió á su embajador en Constantinopla: "Se me censura por todo el mundo de haber sido siempre demasiado créculo en la amistad del Gran Señor, visto que las fuerzas que frecuentemente me ha enviado han sido empleadas por sus ministros y generales en perjudicar á la cristiandad más bien que en herir en lo vivo al enemigo común, resultando de ello todo lo contrario de lo que yo esperaba," (2). "Si los reyes de Francia, añade un embajador francés en Constantinopla, hubiesen empleado el dinero que les ha costado la alianza turca en construir buques, hubiesen quizá obtenido más victorias que las que les han quitado de las manos la insolencia de los Turcos y la codicia de botín," (3). ¿Por qué aprovechó tan poco á Francisco I la alianza turca? Porque era aliado poco sincero, siempre dispuesto á hacer traición á sus amigos, lo mismo al sultan que á los protestantes de Alemania, contra los que hubiera empleado sus fuerzas si Carlos V hubiese consentido en darle el ducado de Milan. Era una política sin principio, sin convicción, fundada en el engaño y la mala fe, y Dios no quiere que el fraude aproveche al que le emplea. La historia es una gran lección de moral que da Dios á las naciones y á los que dirigen sus destinos.

Pero si la historia debe condenar la política inmoral de Francisco I, eso no quiere decir que la alianza turca no fuese uno de los grandes acontecimientos de la historia bajo el punto de vista providencial; contra los designios de aquellos que la

(1) MONTLUC, *Memorias PETITOT*, t. XX, p. 535.

(2) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. II, página 324.

(3) CHARRIÈRE, *Negociaciones de la Francia con Levante*, t. II, página 744, nota.

celebraron tiene una importancia religiosa más que política. Esa alianza destruyó la unidad cristiana, que estaba viciada en su esencia, porque en nombre de la caridad y de la fraternidad predicaba el odio y la división. Todavía en el siglo XVI duraban esos sentimientos entre los ortodoxos, y de ello nos ofrece un curioso testimonio un papa canonizado. Carlos IX, en una carta dirigida á Pio V, llamó al sultan emperador de los Turcos, y el Santo Padre le responde "que aquel que no conocía al verdadero Dios no podía ser nunca emperador: *dar el nombre de emperador á un infiel era lo mismo que llamar bien al mal y mal al bien*," (1).

Hé aquí los sentimientos estrechos de una religión que, llamándose universal, rechazaba la unidad humana. Verdaderamente el catolicismo no ha comprendido jamás esa unidad; no ha concebido la unidad más que bajo la forma religiosa, falsa unidad que debía ser destruida para que sobre sus ruinas pudiera levantarse la verdadera unidad. Aquella fué la obra de Lutero y de Francisco I. Pero no confundamos en nuestra admiración al reformador sincero y ardiente en sus convicciones hasta la ceguedad con el príncipe frívolo y ligero, sin ley y sin fe, que se aliaba al Turco y al papa porque no creía ni en el uno ni en el otro. La gloria pertenece á Dios, y después de Él á la raza francesa, que, siendo cosmopolita por esencia, la correspondía inaugurar la era de la humanidad.

§ V.—Lo que quieren los hombres y lo que quiere Dios.

Cuando los historiadores muestran la mano de Dios en los destinos del género humano se les suele acusar de fatalismo, y se dice que es negar la libertad del hombre afirmar que es un instrumento de la Providencia. Por nuestra parte aplaudimos esa reacción contra el fatalismo histórico, porque sin un sentimiento enérgico de la libertad, los pueblos se abaten y mueren. Mas para dar lugar al hombre en la historia no es necesario quitárselo á Dios; hay en ella la parte correspondiente á la libertad humana y también la de la acción providencial; el ideal consiste en que el hombre, usando de su libertad, no quiera nunca más que lo que Dios quiere; pero ese ideal es irrealizable, por lo

(1) FALLOUX, *Historia de San Pio V*, t. II, p. 239.

mismo que supone la perfección en un ser imperfecto; lo cual no obsta para que la misión de las criaturas sea la de irse progresivamente acercando á la perfección del Creador. Cuanto más avanza la humanidad más conciencia tiene de los designios de Dios, y más puede y más debe conformarse á ellos; pero siempre habrá una oposición, mayor ó menor, entre lo que quieren los hombres y lo que quiere Dios. Esa oposición se manifiesta en la historia, la cual nos revela de una parte los designios de Dios, y nos muestra de otra la vana ambición de los hombres. No atribuyamos á éstos la gloria de los resultados de sus propios actos, resultados que ni han previsto ni tal vez querido; pero tampoco les condenemos; apreciándolo todo tendremos que considerar lo que debían hacer y lo que han hecho; pero sus méritos ó deméritos no tienen nada de común con el fin que se propone la Providencia. Conviene, sin embargo, poner en evidencia ese fin en cada ocasión, para que los hombres reconozcan la mano que los protege y los conduce, y para que procuren penetrar los designios de Dios, á fin de que se armonicen cada vez más sus acciones con la voluntad de éste. Hé aquí la parte de la libertad humana: ¿quién se atrevería á quejarse de ese lote si lo aprecia en toda su magnitud? (a).

Hemos dicho que se había dado demasiado honor á Carlos V atribuyéndole la ambición de la monarquía universal; su ideal era el imperio romano de Alemania, y sólo quiso reconstituir la unidad cristiana, que se disolvía precisamente en el momento en que él llegó al imperio. Carlos V estaba de acuerdo con el papa y debía creer que caminaba por la buena senda; pero si el papado es infalible en el orden religioso, no lo es de modo alguno en el orden político. El papa y el emperador se engañaban igualmente respecto á la marcha

(a) El autor pone aquí de manifiesto el error que á nuestro juicio entraña su doctrina filosófica. El hombre, dice, es ejecutor las más de las veces inconsciente de los designios de Dios; por consiguiente, no le corresponde gloria ni vituperio por sus actos; no merece absolución ni condenación, elogio ni censura: «no le condenemos», dice. Cierto: si no son más que instrumentos y ejecutores de los designios de Dios, injusto fuera el condenarlos como el glorificarlos; la gloria es de Dios. en efecto; pero entonces también la responsabilidad del mal que hagan los hombres, tanto más cuanto que ese mismo mal contribuye á los fines de Dios, según Laurent. ¿Es otra cosa semejante teoría que un puro fatalismo? El autor lo ha visto, y se defiende del cargo en muchos lugares de su obra, pero inútilmente, á nuestro modo de ver. Más adelante se hace esto visible cuando expone la doctrina del historiador *Commines*.—(N. del T.)